

Alfredo Vanín

Nace en la población de Guapi, Cauca, en 1950. Poeta, narrador y etnólogo. Ha publicado los libros de poemas *Alegando que vivo*, 1967; *Cimarrón de la lluvia*, 1990; *Islario*, 1998; *Desarbolados*, 2004; *Jornadas del tahúr*, 2005; *Ánima doble*, 2014; y la antología *Obra poética*, 2010.

Desde la idea vallejana del lenguaje, la poética de Alfredo Vanín se esmera en construir un mundo propio, en el que caben los valores de la raza en tiempo y espacio míticos, sincretismo afortunado que enciende una luz al centro mismo de la lírica, para redimirla del asedio falaz de la memoria. Su condición de poeta y de etnólogo le exige este aserto y le conmina al sueño que se revela en toda la obra. Su voz confiere un animus unitario en la diversidad que puebla la región del pacífico, rica, desolada y misteriosa. Es el canto ancestral de un pueblo que se alza en toda la belleza para restaurar su origen en esta modernidad de espejismo y vanagloria. Para gritarle con el silencio del poema al país otro el cimarrón que merece en la ribera, en la crónica de la sangre, en la espesura del follaje, en el erotismo callado del signo como caricia, en la instancia del agua que no cesa.

La estatura de Vanín es un hecho poético como su decir en los “ríos de la fábula”, de los guardafaros, de “los troncos salpicados” de versos en esa geografía olvidada por el hombre, pero enaltecida en el fuego instigador del poeta.



Zarzamora

Quise incitar el largo convite
de tu risa
negar el río sojuzgado
y entrar en las ardientes materias
de la gracia
me apresuré buscando fuego
incienso que atesoran los camaleones
centellas de unicornio no doblegadas
a la hora
del león rampante
y traviosos veleros
robados a viejos pescadores del golfo
para acrecentar los festines de la madreperla.
Y he aquí que arpías y boleros
pregonaron la fama:
las mercenarias galerías cobijaban
ahora
tus deleites
el viento destilaba un espeso alquitrán
y en tu deriva hembra
se marchitaban los dragones
dignos por lo demás de ciertos ecos.
Entonces sepulté mis navíos
aplacé para otras lunas la navegación
del
hechizado
y entoné cánticos de alabanza
a las discordias del fauno que se queda ciego.

Victrolas

Fue como desgranar las rompien-
tes
y buscarla en las voces agujereadas
de victrolas que apuestan
su laberinto de ultramar.
Nos quedó el reino de la fiebre
el murmullo de los tragadores de espadas
con sus duendes burlados y sus territorios
de burbujas donde tal vez el tiempo
renueve los peones, el hilo que nos lleve
al ron implícito en la noche
de las más grandes marejadas.